

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



Lección 336

El perdón me enseña que todas las mentes están unidas.

Comentario de Sarah:

Nuestras percepciones erróneas mantienen nuestras mentes separadas unas de otras. En realidad, somos Uno y todas las mentes están unidas. Reconocemos esto cuando perdonamos porque sólo entonces se liberan los obstáculos al amor. El perdón borra la creencia en el pecado y la separación. El pecado es sólo otro nombre para la separación. Vino con la creencia de que habíamos hecho algo tan horrible como para dejar a Dios. Dejar a Dios es pensar que dejamos a quien realmente somos en verdad -Su Hijo eterno. La realidad es que es imposible dejar nuestra Fuente, y nunca sucedió. Somos un pensamiento en la Mente de Dios y los pensamientos no abandonan su fuente. El pecado y la separación no son reales. Lo que se requiere es la voluntad y el deseo de cambiar nuestra percepción de lo que es falso a lo que es verdadero. El medio para ello es el perdón, que en última instancia nos lleva al final de la percepción. El conocimiento se restablece entonces y la ilusión desaparece.

Nuestras percepciones son distorsiones. Necesitamos que el Espíritu Santo nos ayude a cambiar estas percepciones distorsionadas de lo que es falso y las restaure a la verdad. Las percepciones están llenas de juicios. Estas percepciones distorsionadas se curan mediante el perdón, que **“revela el altar a la verdad que se hallaba oculto.”** (L.336.1.4) Este altar está en la mente, donde se hizo originalmente la elección en favor de la separación. Cuando nuestras percepciones no sanadas están curadas y el cuerpo ha cumplido su propósito como vehículo de unión, entonces la percepción desaparece, y todo lo que queda es la verdad de lo que somos como un Ser Crístico eterno.

Estamos llamados a dejar que la mente **“regrese y mire en su interior para encontrar lo que en vano ha buscado afuera.”** (L.336.1.5) Esto me recuerda lo que nos dice Eckhart Tolle cuando afirma: "Deja de buscar fuera retazos de placer o satisfacción, de validación, seguridad o amor; tienes el tesoro dentro que es infinitamente mayor que cualquier cosa que el mundo pueda ofrecer". Jesús también enseñó que el reino de Dios está dentro. Buscar fuera de nosotros es buscar en vano. Estamos llamados a soltar todos los pensamientos que nos mantienen separados y nos hacen sentir muy solos. Son nuestros juicios, comparaciones, necesidades, especialismo, celos, expectativas, miedos, competencia, exigencias, ira, malentendidos, heridas, resentimientos, conflictos, odios, defensas, y así sucesivamente. Estos pensamientos nos mantienen en las garras del ego y separados de los demás.

Todos tenemos historias de victimización. Aunque parezcan tener formas diferentes, el contenido es el mismo: el énfasis en el victimismo, en ser tratados injustamente y en reclamar la inocencia. Protestamos por nuestro trato injusto, afirmamos que no fue nuestra culpa y justificamos por qué tenemos que atacar y defender. Puede que hayamos creído que no se nos ha querido lo suficiente o que se nos ha rechazado de plano. "No es mi culpa" es el mantra del ego.

Cuando estamos enfermos, esto nos proporciona la mayor evidencia para demostrar que no es nuestra culpa. Creemos que la enfermedad demuestra nuestra inocencia, ya que creemos que está causada por virus y bacterias de los que no tenemos ninguna responsabilidad. No vemos que sólo la culpa es la causa de nuestra enfermedad y sufrimiento. **“De lo único que estabas seguro era de que entre las numerosas causas que percibías como responsables de tu dolor y sufrimiento, tu culpabilidad no era una de ellas.”** (T.27.VII.7.4) (ACIM OE T.27.88)

Pero ahora nuestro objetivo es ver que todos somos el mismo Ser Crístico. Jesús describe lo que ocurre cuando nos unimos en una relación santa. **“Pues lo que uno de vosotros piense, el otro lo experimentará con él. ¿Qué puede querer decir esto, sino que tu mente y la mente de tu hermano son una? No veas con temor este feliz hecho ni pienses que con ello se te impone una pesada carga. Pues cuando lo hayas aceptado de buen grado, te darás cuenta de que vuestra relación es un reflejo de la unión que existe entre el Creador y Su Hijo. Entre las mentes amorosas no hay separación. Y cada pensamiento que una de ellas tiene le brinda felicidad a la otra porque es la misma mente.”** (T.22.VI.14.2-7) (ACIM OE T.22.VII.64) En esencia, sólo se necesita una persona dispuesta para sanar cualquier relación. Mi pareja experimentará lo que yo estoy pensando. Aunque esto puede provocar miedo, es poderoso reconocer que cuando asumimos la responsabilidad de nuestras percepciones impulsadas por el ego, invitamos al milagro. El milagro elimina las barreras que nos mantienen separados y permite que la luz sagrada infunda los lugares oscuros que tenemos contra un hermano.

Cuando percibimos a nuestro hermano a través de la lente del ego, no podemos conocerlo. Lo que hacemos es poner nuestras falsas distorsiones en él. Lo vemos a través de nuestros prejuicios proyectados y nuestros propios auto-juicios. El perdón consiste en cambiar nuestras percepciones de la pecaminosidad a la impecabilidad. Nuestra parte es llevar nuestras percepciones distorsionadas al Espíritu Santo. Él es la luz de la verdad dentro de la mente recta. Cambiar la percepción de la mente equivocada a la mente recta es una condición previa para el conocimiento. **“El conocimiento es restituido una vez que la percepción ha sido transformada y ha dado paso enteramente a lo que por siempre ha de estar más allá de su más elevado alcance.”** (L.336.1.2)

El perdón, desde la perspectiva del Curso, se basa en el hecho de que no ha ocurrido nada real. Todo es un sueño. Si en verdad hubiera pecado, no podría **“mirar en mi interior y descubrir que Tu promesa de que en mí no hay pecado es verdad; que Tu Palabra permanece inalterada en mi mente y que Tu Amor reside todavía en mi corazón.”** (L.336.2.2)

Si el pecado fuera real, significaría que realmente hemos cambiado. Significaría que nuestros rasgos de carácter y nuestra personalidad son, en su mayor parte, fijos. Significaría que hemos pecado y que merecemos castigo, y que nuestros conceptos sobre nosotros mismos son la verdad. El perdón se basa en el hecho de que nada de lo que pensamos sobre nosotros mismos es cierto, a pesar de lo que hemos hecho en el sueño. No hemos pecado. Esto remite al Principio de Expiación que dice que, no importa lo que pensemos de nosotros mismos, la realidad es que no podemos y no hemos cambiado. Nuestra pureza está garantizada por Dios en nuestra creación.

Nuestros disgustos son nuestra llamada interior a la sanación. Cuando el conflicto aparece en nuestras vidas, generalmente lo vemos como algo provocado por situaciones ajenas a nosotros. Sin embargo, Jesús nos invita a ver que todo conflicto proviene del interior de la mente y que sanar es asumir la responsabilidad de nuestros pensamientos, sentimientos y creencias. No somos las víctimas del mundo que vemos. Hemos establecido un patrón de comportamiento para defendernos del dolor de

las necesidades pasadas no satisfechas. Hemos desarrollado estrategias para protegernos, que nunca pueden funcionar. Ahora se nos da un proceso para liberar el dolor de las asociaciones pasadas y llevarlas a la verdad. Así es como funciona el perdón. Nuestra parte es traer la conciencia a los patrones representados en nuestras vidas que nos impiden la paz. El Espíritu Santo hace el resto.

Porque pensamos que nuestro altar interior ha sido profanado, tenemos miedo de mirar dentro. Pensamos que lo que veremos es vil y nos llevará a querer matarnos. Sin embargo, cuando **“sus blancas azucenas [de perdón] refulgen en la mente,”** (L.336.1.5) encontramos lo que hemos **“buscado vanamente afuera”**. (L.336.1.5) No hay paz mental que se encuentre buscando fuera de nosotros algo en este mundo. Mirar hacia adentro puede parecer aterrador; sin embargo, a través del proceso de perdón, llegamos a reconocer el Ser bueno, puro y divino que somos. Reconocemos nuestro valor intrínseco. Ahora tenemos menos miedo de acercarnos al altar sagrado de nuestro interior.

"Que el perdón elimine en la quietud mis sueños de separación y de pecado. Y que entonces pueda mirar, Padre, en mi interior y descubrir que Tu promesa de que en mí no hay pecado es verdad; que Tu Palabra permanece inalterada en mi mente y que Tu Amor reside todavía en mi corazón." (L.336.2.1-2)

Sabemos que necesitamos perdonar cuando no estamos en paz. Cuando deseamos la paz más que tener razón sobre cómo vemos las cosas, invitamos al Espíritu Santo a que contemple con nosotros nuestras percepciones erróneas. Nuestros puntos de vista se basan en lo que nos dice el ego, que siempre habla primero y siempre se equivoca. Ahora estamos invitados a dirigirnos al Espíritu Santo y preguntarle cómo quiere que veamos esta situación. Él reinterpretará lo que el ego insiste en que es la verdad si estamos dispuestos a estar equivocados.

Cuando estamos dispuestos a mirar nuestros miedos, nuestros juicios, nuestros auto-ataques y nuestra angustia junto con el Espíritu Santo/Jesús, Él nos muestra la irrealidad de todo ello. Así, podemos ver nuestras perspectivas equivocadas sin juzgarnos por ellas. Al mirar la oscuridad, a pesar de nuestros sentimientos de dolor, ansiedad, indignidad, ira, culpa o duda, nos abrimos a recibir la curación a través del milagro en este instante. Miramos con el Espíritu más allá de las apariencias del ego y aceptamos la Expiación.

En última instancia, la forma en que veo a alguien es la forma en que me veo a mí mismo. Hoy, reclamamos la responsabilidad de nuestras proyecciones y reconocemos que sólo nos afectan nuestras interpretaciones. Con el perdón, la mente recibe la sanación y ahora vemos todo lo que parece suceder como una expresión de amor o una llamada al amor. Así, llegamos a conocernos como el amor que somos y que siempre hemos sido. Simplemente lo hemos olvidado. El despertar es seguro porque está garantizado por Dios.

Nouk Sánchez ofrece una hermosa oración al Espíritu interior que encaja muy bien con este proceso:

"Espíritu, acepto tu Expiación. Acepto tu corrección divina del error en mi mente, y permito que Tu sanación fluya a través de mi mente. Acepto que ya has sanado tanto la causa como los síntomas (efectos) de este problema; la decisión y su sombra. Si la "apariciencia" del problema continúa, o si hay "síntomas" continuos (apariciencias) que me hacen dudar, entonces te ofrezco estas dudas a ti también, para que las corrijas en mi mente. Recuerdo en cualquier instante santo que al aceptar sinceramente la Expiación, ¡está hecho! Seguir preocupado después de haber perdonado y aceptado la Expiación es dudar de tu Amor y prolongar la ilusión del tiempo y el sufrimiento. Recuerda: El

amor sin confianza es imposible; la duda y la confianza no pueden coexistir. Recuerdo esto y tengo gratitud porque el Espíritu ya ha sanado mi mente y acepto con ello la curación de todos los síntomas (efectos). ¡Ya está hecho! "

Amor y bendiciones, Sarah

huemmert@shaw.ca